

**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

Biblioteca de Estudios Madrileños
Publicados 31 volúmenes

Itinerarios de Madrid
Publicados 20 volúmenes

Colección Temas Madrileños
Publicados 21 volúmenes

Colección Puerta del Sol
Publicados 3 volúmenes

Clásicos Madrileños
Publicados 7 volúmenes

Colección Plaza de la Villa
Publicados 2 volúmenes

Colección Puerta de Alcalá
Publicados 3 volúmenes

Madrid en sus Diarios
Publicados 5 volúmenes

Conferencias Aula de Cultura
Publicadas más de 600 conferencias

*Anales del Instituto de Estudios
Madrileños*
Publicados 42 volúmenes

Madrid de los Austrias
Publicados 6 volúmenes

Guías Literarias
Publicados 3 volúmenes



ANALES
DEL
INSTITUTO
DE
ESTUDIOS
MADRILEÑOS

**TOMO
XLII**

C. S. I. C.
2002
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XLII



C. S. I. C.
2002
MADRID

El tomo XLII de los

**ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

comprende estudios —referidos a Madrid— en los que alternan temas de Historia, Arte, Literatura, Geografía, etc., notas biográficas sobre madrileños ilustres y acontecimientos varios de la vida madricense.

Portada:

Retrato de don Ramón de Mesonero Romanos, original de José de la Revilla.

El retrato forma parte del despacho de Mesonero, actualmente instalado en el Museo Municipal de Madrid.

Al celebrarse este año —2003— el segundo centenario del nacimiento de don Ramón de Mesonero Romanos, el Instituto de Estudios Madrileños quiere haciendo aparecer su retrato en la portada de Anales rendir un pequeño homenaje a su memoria.

SUMARIO

Págs.

Memoria

<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i>	11
--	----

Artículos

<i>Breve historia de la Ley Especial del municipio de Madrid</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA	23
<i>La Catedral y su entorno</i> , por FERNANDO CHUECA GOITIA	45
<i>El arquitecto Pedro de Nates y el maestro de obras Diego Sillero en la construcción del Rastro nuevo</i> , por VIRGINIA TOVAR MARTÍN	51
<i>Bosquejo histórico del Hospital de la Concepción de Nuestra Señora, vulgo La Latina, de Madrid</i> , por M. ^a MERCEDES BARRERA GALINDE y ROSA BASANTE POL	61
<i>Dibujos de la traza de la Capilla Mayor de la Iglesia de Ciempozuelos</i> , por PILAR CORELLA SUÁREZ	87
<i>El cementerio de la Sacramental de San Justo: historia y arquitectura</i> , por CARLOS SAGUAR QUER	103
<i>Formación de la Casa de Campo</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA ...	131
<i>Segregación del espacio verde urbano según un análisis de género</i> , por WALTRAUD MÜLLAUER-SEICHTER	175
<i>La plaza de Gabriel Miró</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	197
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (II)</i> , por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO	207
<i>Miguel Soria: Noticias de Madrid (1599-1621)</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	239
<i>Autos de Fe madrileños (1721-1722)</i> , por STÉPHANE MARCARIE	269
<i>Teatro clásico en el Pavón</i> , por JUANA DE JOSÉ PRADES	279

<i>En Atocha los Guardias Civiles montan los fusiles y encañonan al Alcalde y un grupo de Concejales</i> , por JOSÉ DEL CORRAL	301
<i>La obra periodística de Emilio Carrere (III): sus colaboraciones en «Mundo Gráfico» (1914-1928)</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA Y JULIA MARÍA LABRADOR BEN	309
<i>La cultura en la II República: el teatro y el cine</i> , por RUFO GAMAZO RICO	339
<i>Mujer y cultura en el Madrid de Felipe V: la biblioteca de doña Teresa Díaz Rodero (1746)</i> , por JOSÉ LUIS BARRIO MOYA	351
<i>La biblioteca de Ramón Ezquerria Abadía</i> , por ISABEL DíEZ MÉNGUEZ.	363
<i>Los Reales Sitios de Madrid en el siglo XVIII: extensión y servidumbres</i> , por CEFERINO CARO LÓPEZ	373

Necrologías

<i>José Valverde Madrid</i> , por R. G.	433
--	-----

Reseñas de libros

JUAN IGNACIO PULIDO SERRANO, <i>Injurias a Cristo. Religión, política y antijudaísmo en el siglo XVII</i> , por JOSÉ DEL CORRAL	437
---	-----

LA PLAZA DE GABRIEL MIRÓ

Por JOSÉ MONTERO PADILLA

Gabriel Miró es uno de los más singulares, extraordinarios, sensitivos prosistas españoles del siglo xx. Para poder afirmarlo bastaría recordar un breve relato suyo, *El oracionero y su perro*, incluido en su libro *El humo dormido*. En pocos escritores como en él se puede percibir el goce de la palabra, una palabra que es, al mismo tiempo, música, plástica sugereencia, caricia sensorial, belleza en plenitud. Porque, tal como observó Juan Gil-Albert, «En la obra de Miró las palabras no caen en tropel por el único deseo de redondear una frase o apoyar un período —ni impresionismo, ni preciosismo, ni simbolismo—, sino que cada una tiene allí una misión que pudiéramos llamar fisiológica, de funcionamiento vital, y la frase entera, una saturación literaria, de un adensamiento especioso que levanta en el espíritu las emociones más perfectas»¹. Así, por ejemplo, tras la inicial dedicatoria al músico Óscar Esplá del libro citado, y en el párrafo final del volumen:

«De los bancales segados, de las tierras maduras, de la quietud de las distancias, sube un humo azul que se para y se duerme. Aparece un árbol, el contorno de un casal; pasa un camino, un fresco resplandor de agua viva. Todo en una trémula desnudez.

Así se nos ofrece el paisaje cansado o lleno de los días que se quedaron detrás de nosotros. Concretamente no es el pasado nuestro; pero nos pertenece, y de él nos valemos para revivir y acreditar episodios que rasgan su humo dormido. Tiene esta lejanía un hondo silencio que se queda escuchándonos. La abeja de una palabra recordada lo va abriendo y lo estremece todo.

No han de tenerse estas páginas fragmentarias por un propósito de memorias; pero leyéndolas pueden oírse, de cuando en cuando, las campanas de la ciudad de Is, cuya conseja evocó Renan, la ciudad más o menos poblada y ruda que todos llevamos sumergida dentro de nosotros mismos.»

[...]

¹ JUAN GIL ALBERT, *Gabriel Miró (El Escritor y el Hombre)*, Valencia, Cuadernos de Cultura, 1931, p. 29.

«Críticos ortodoxos rechazan las tradiciones españolas anotadas. Pero la estampa que sale de manos de la leyenda no puede enmendarse. Es el milagro de la fe y del humo dormido»².

Gabriel Miró, alicantino de nacimiento, vino a Madrid en el mes de julio del año 1920. Su primera vivienda madrileña la tiene en la casa número 46 de la calle Rodríguez San Pedro. Labora en el Ministerio de Trabajo, inicialmente; después en el de Instrucción Pública, en este último como secretario de los Jurados de los Premios Nacionales de Literatura, un puesto creado probablemente para él (la denominación exacta era: «auxiliar competente artístico y literario, para la organización de Concursos Nacionales de protección a las Bellas Artes»). «... si no fuera por esto —decía él mismo— ¿de qué iba uno a vivir? Los libros no le dan a uno otra cosa que el placer inefable de escribirlos».³ Él era quien, personalmente, entregaba a los autores galardonados, con la consiguiente satisfacción de éstos, el dinero correspondiente al premio obtenido.

Durante estos años madrileños no le abundaron las satisfacciones literarias. Y desalentador fue el fracaso en las dos ocasiones en que concurrió al premio Fastenrath de la Real Academia Española. Sí obtuvo, en 1925, el premio Mariano de Cavia correspondiente al año anterior, por un extenso, bellissimo artículo literario: «Huerto de cruces». Formaban el jurado José Francos Rodríguez, Gabriel Maura, Pedro Muñoz Seca, Eugenio d'Ors y Darío Pérez.

En 1927, Azorín, Armando Palacio Valdés y Ricardo León presentaron la candidatura de Miró para su ingreso en la Real Academia Española, sin obtener éxito. Una nueva propuesta, dos años más tarde, fracasó igualmente. A partir de entonces, Azorín dejó de asistir a las sesiones académicas. El motivo de la ausencia azoriniana ha sido relacionado con el rechazo a la candidatura de Gabriel Miró. Azorín, en sus *Memorias*, da otra razón —¿sincera?— para explicar su mantenida inasistencia:

«Hay una causa que es un obstáculo para mi asistencia a la Academia: la hora de las juntas o sesiones. Esa hora es la de las ocho, y a esa hora es cuando yo hago mi postrera refacción. No la tomo a otra hora por nada del mundo. Media hora después, estoy metido entre sábanas. Y al comienzo de la madrugada principio a trabajar. La asistencia a la Academia trastorna, por tanto, mi vida cotidiana. Y la calefacción, en invierno, me congestiona. Y no puedo ya dormir. A mis años, tales razones son de peso. No hablemos más del caso; no queramos buscar a mi ausencia de la

² G. MIRÓ, *El humo dormido*, ed. de Vicente Ramos, Madrid, Biblioteca Anaya, 1964, pp. 23 y 109.

³ *Los Premios de ABC Mariano de Cavia y Luca de Tena*, Introducción de José Luis Vázquez Dodero y Antonio Rodríguez de León, Madrid, Edit. Prensa Española, 1955, p. LXVII.

Academia motivos que no existen. Si existieran, algo hubiese rezumado, como las gotitas de cántaro poroso, en los artículos que he escrito»⁴.

El autor de *Años y leguas* murió, a consecuencia de una operación de apendicitis, en Madrid, en la casa número 20 del paseo del Prado, a las nueve y media de la noche del 27 de mayo de 1930. Parece que sus últimas palabras fueron: «¡Señor, llévame!». Se le enterró en el madrileño cementerio del Este.

Desde hace un número considerable de años, por Acuerdo Municipal de fecha 23 de julio de 1930 una plaza madrileña lleva el nombre de este escritor alicantino. Pero he podido comprobar, en diversas ocasiones, cómo, al oír la referencia a la plaza de Gabriel Miró, algunas personas interrogan: —¿y dónde está esa plaza? Y, sin embargo, ésta es, en nuestra ciudad, uno de sus más característicos, atrayentes, significativos lugares, abundoso en nobles memorias, sugerente de panoramas, encrucijada de personajes y episodios.

En el Madrid actual, de apresuramientos y agobios, de opulencias y miserias, no resulta fácil en verdad el paseo lento y gustoso, el disfrute de lo que se ha llamado «la alegría de andar». No resulta fácil, es cierto, pero tampoco imposible. Hay, sí, que disponer de tiempo —cada vez, ¡ay!, más escaso—, y proponérselo uno con cierto empeño.

Y para ir andando, en sosegado paseo, a la plaza de Gabriel Miró, y si nos situamos para ello, por ejemplo, a la altura del Palacio de Oriente, podemos recorrer calmosamente la calle de Bailén, camino hacia el Viaducto. A nuestra izquierda —según la dirección que hemos tomado—, quedan el Teatro Real, y la calle Mayor, y el palacio del Consejo de Estado, y un busto —algo escondido— del escritor romántico Mariano José de Larra *Fíguro*, y el lugar donde tuvo su emplazamiento el palacio de la princesa de Éboli y del cual salió presa... Atravesamos el Viaducto, sobre la gran barrancada de la calle de Segovia, llegamos a la calle de la Morería y siguiendo ésta a nuestra derecha desembocaremos en un gran espacio abierto —plaza, jardines, mirador— cuyo nombre aparece profusamente indicado: plaza de Gabriel Miró.

Esta plaza se encuentra, pues, entre la calle citada de la Morería, y las de Don Pedro y de San Buenaventura, y la travesía de las Vistillas, y las cuestas de los Ciegos y de Javalquinto. Esta última, cuyo nombre permanece vivo en el callejero madrileño, se halla entre la calle de Segovia y los jardines denominados de las Vistillas. Hasta 1912, la cuesta de Javalquinto e incluso toda la zona recibía también el nombre de las Vistillas. «Durante mucho tiempo —escribía Gaspar Gómez de la Serna en 1963— fue

⁴ AZORÍN, «Memorias», en *Obras escogidas*, III, p. 1126, Madrid, Espasa, Clásicos Castellanos, 1998.

todo esto desmonte puro al que subían renqueantes, desde el hondón de la calle de Segovia, las cuestras de los Ciegos y de Javalquinto; hasta que, hace bien poco, floreció aquí el cuidado jardín de las Vistillas...»⁵.

Por tanto, la actual plaza de Gabriel Miró está en el lugar cuyo nombre tradicional y popular fue el de Campillo de las Vistillas, con más extensa precisión de las Vistillas de San Francisco, a fin de distinguirlas de las Vistillas del Río, sitas éstas detrás del solar donde se alza actualmente el palacio del Senado. Y, en 1944, el Ayuntamiento madrileño acordó que la calle existente en la plaza se denominase también de Gabriel Miró y que los Jardines volvieran a denominarse de las Vistillas.

El Campillo de las Vistillas, que en el plano de José Espinosa de los Monteros, de 1769, figura como plaza de las Vistillas, es un cerro desde el que puede contemplarse aún, a pesar de las incontenibles y, a veces, asfixiantes invasiones inmobiliarias, unos espléndidos panoramas: la Casa de Campo y el Palacio Real, con la sierra de Guadarrama al fondo, como en los conocidos versos de Antonio Machado:

«¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,
la sierra gris y blanca,
la sierra de mis tardes madrileñas
que yo veía en el azul pintada? ...»

Y la pradera de San Isidro, y los caminos hacia el sur y el oeste de Madrid...

En 1918, un notable escritor y crítico literario, Enrique Díez-Canedo, se refería en artículo suyo al panorama visible desde las Vistillas con los siguientes términos:

«Por el balcón de las Vistillas corren los ojos, rozando apenas el humilde Madrid del barrio de Segovia, que trepa hasta el Alcázar blanco, y posándose levemente en el obscuro verdor de los encinares próximos, hacia la lejanía, donde la sierra tendida de nieve se esconde entre nubes. No está limpia la atmósfera: un tenue vapor esfuma los términos; pero la mañana es tan quieta, que algo trasciende al ánimo de su reposo»⁶.

Y este cerro o alto de las Vistillas es descrito por Pío Baroja en una de sus *Canciones del suburbio*, la número XXVII, titulada precisamente «Las Vistillas de Madrid»:

«El alto de las Vistillas,
un día claro de junio,
es un sitio de Madrid

⁵ G. GÓMEZ DE LA SERNA, *Madrid y su gente*, Madrid, Ayuntamiento, 1963, p. 51.

⁶ E. Díez-CANEDO, *Conversaciones literarias (1915-1920)*, Madrid, Editorial-América, 1921, p. 100.

como no se encuentran muchos.
Brot a lo lejos la sierra,
con sus perfiles ceñudos,
corre abajo el Manzanares,
claro aquí, por allá turbio,
por el campo, que es a trechos
amable, seco y fecundo.
El palacio se destaca
como una bandera en triunfo
entre un ambiente de luz
sobre un horizonte puro.
Allá se ve la Moncloa,
aquí cerca, el Viaducto;
a la izquierda hay un desierto
triste, sombrío y desnudo;
a la derecha, la tierra
que Velázquez pintar supo
y que Goya definió
con un humor furibundo.
El alto de las Vistillas
tiene sus días de lujo,
en que se colocan puestos
con sus opulentos frutos
de sandías y melones,
avellanas e higos chumbos
para pobretes menguados
y gente de alto coturno
(...)»⁷.

Paraje este muy popular un tiempo entre los habitantes de Madrid —madrileños o no de nacimiento—, escenario de verbenas, romerías y otros festejos, ha tenido uno de sus más apasionados comentaristas en Pedro de Répide, quien destacaba su «magnífica situación» y su carácter y valor de «espléndido miradero», desde el que pueden verse, según su descripción del panorama ya antes referido:

«[A] la derecha, toda la extensión de la Casa de Campo. La visión del Palacio real y sus jardines, con el fondo velazqueño de la Sierra, completan de este lado el admirable panorama, cuya contemplación hace del cerro de las Vistillas uno de los más bellos miradores de España, el país tan pródigo en la varia belleza del paisaje»⁸.

⁷ Pío BAROJA, *Las canciones del suburbio*, en *Obras Completas*, t. XII, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, pp. 1301-1302.

⁸ P. DE RÉPIDE, *Las calles de Madrid*, compilación, revisión, prólogo y notas de Federico Romero, Madrid, Afrodísio Aguado, 1971, p. 777.

Lugar extremo y apartado en la ciudad —incluso ahora—, fue por ello mismo, en lejanos tiempos, escogido para la celebración de duelos o desafíos, propicio para los encuentros clandestinos de conspiradores. Y, más novelesca o líricamente, espacio de presuntas apariciones celestiales en la primavera de 1886, y observatorio natural para el paso del cometa Halley.

Asimismo, en él se establecían, año tras año, en la estación correspondiente, grandes puestos de melones y sandías. De ello abundan los ecos en diversos textos literarios, como en un sainete original de Carlos Arniches, titulado precisamente *Sandías y melones* (1900), donde un personaje que desde un balcón de su casa ha echado agua y mojado inadvertidamente a unos transeúntes, les dice:

«—Señores, una palabra: Nos ha rociao, pero no le hace, porque ahora sus vais a ir a la taberna que poseemos la señora y yo, sita en el Campillo de las Vistillas, donde seguiréis la juerga y nos salimos a los puestos de melones y sus invitaré a otra sandía mucho más obesa que la malograda, y se hace punto a este altercao con gotas, ¡y siga la alegría!».

Y la Virgen cuya fiesta se celebra el día 8 de septiembre era conocida como *la Melonera*, tal como también cuenta Répide:

«Aquí en Madrid, aunque no somos campesinos, celébrase también el día de esta virgen septembrina, a la cual, con cierta irreverencia cariñosa, suele llamarse *La Melonera*. Improvisase en su honor un templo al aire libre, en pleno Cerrillo de las Vistillas; sus naves fórmanse con pilas de melones y sandías, y hasta que las ferias se instalan en Atocha y hacen cambiar el amor a las sandías y a los melones por la afición a las acerolas y las nueces, dura el culto melonero en su espléndida basílica»⁹.

El nombre de *las Vistillas* facilita el juego con los significados de la palabra. De ello dan risueños ejemplos algunas piezas de Arniches, como la titulada *Rositas de olor*, en la que una muchacha a la que están columpiando, advierte:

«—Oye, no darme tan fuerte, que aquí hay un señor que s'a mudao a las Vistillas».

Y el tal señor —su nombre Cirilo— replica:

«No he encontrao habitación en la cuesta de los Ciegos, joven».

O como en *Cuidado con el amor*, donde una doncella de servicio dialoga, subida a una escalera, con un criado:

«DONCELLA: ¡Chico, qué vida!... Nada es nada.

CRIADO: Todo es nada, querrás decir.

⁹ P. DE RÉPIDE, *Costumbres y devociones madrileñas*, Madrid, Librería de la viuda de Pueyo, 1914, pp. 175-177.

DONCELLA: ¡Qué más da! Eso es según desde donde lo mires.

CRIADO: Es que desde donde yo lo miro hay algo que es algo...

DONCELLA: Oye... (Se arregla las faldas).

CRIADO: ¡No te asustes!

DONCELLA: Es que tú por menos de nada te empadronas en las Vistillas».

En el terreno, aproximadamente, que ahora ocupa el Seminario conciliar, hubo un palacio y amplios jardines. A ese palacio alude, quizás, la letra de una canción de la famosa zarzuela *La viejecita*, de Miguel Echegaray, con música del maestro Caballero:

«En un cerrillo
se alza un palacio
con cien salones
de mucho espacio.
De sus balcones
las barandillas
miran al campo
de las Vistillas».

El palacio había sido hecho construir, en el siglo XVIII, por la duquesa viuda de Osuna. En él se celebraron, a lo largo de la centuria decimonónica, grandes fiestas ofrecidas por sus dueños, en especial por los duques don Pedro y don Mariano Téllez Girón. El gasto continuo y exorbitante supuso la ruina y obligó a la venta pública de los valiosísimos bienes muebles existentes en el edificio. De esta almoneda y de la ruina en general de la casa de Osuna algunos han creído percibir una huella o alusión en la comedia de Jacinto Benavente *La comida de las fieras*, estrenada en el madrileño teatro de la Comedia el día 7 de noviembre de 1898. La certeza de tal alusión la corrobora, entre otros, Melchor de Almagro San Martín, en su *Biografía del 1900*: «En el primer acto de *La comida* hay una alusión a la almoneda del duque de Osuna. Esto complace al público, que quiere ver personas de carne y hueso de las que andan por ahí en los personajes benaventinos».¹⁰

Actualmente existe aún en la plaza de Gabriel Miró, próxima a la calle de Don Pedro, una casa inconfundible por el gran mirador que avanza en su segunda planta. Sobre la fachada, una vieja cerámica conserva las indicaciones siguientes:

«Campillo de las Vistillas
de San Francisco
n.º 3

¹⁰ M. DE ALMAGRO SAN MARTÍN, *Biografía del 1900*, Madrid, Revista de Occidente, 1943, p. 94.

Barrio de las Aguas
Distrito de la latina
7
MOD.»

Y una placa nos recuerda que aquí tuvo su estudio el pintor Ignacio Zuloaga. Pero, lamentablemente, se olvida que en el mismo lugar, antes que Zuloaga, tuvo su estudio otro extraordinario artista, el escultor Victorio Macho (1887-1966), y éste en él realizó, entre otras obras, la estatua de don Benito Pérez Galdós para el monumento dedicado al escritor en el parque del Retiro. Testimonio vivo y directo de todo ello nos proporciona una crónica de Emilio Carrere:

«En la cuesta de Javalquinto, cerca del viejo palacio de la duquesa de Alba,¹¹ tiene su estudio el escultor Victorio Macho. Por el gran ventanal se ven las señoriales lejanías de El Pardo, la sierpe de plata del “arroyo aprendiz de río” y las nieves de la sierra.

Es una tarde dulcemente dorada. Perdido el pensamiento en la encantadora lontananza del paisaje, aguardo la llegada del escultor. [...] En el centro de su estudio se alza un busto de la madre del artista. Creo adivinar que los cinceles temblaron de unción al trabajar el barro. Es un rostro de mujer bello y augusto. El poeta montañés Luis Barreda dijo que era “el retrato de todas las madres”.

Entre Victorio Macho y el admirable y querido Ramírez Ángel¹² han concebido la idea de erigirle un busto a Galdós, y para ello se abrirá una suscripción exclusivamente popular. Todo español que quiera puede contribuir a este homenaje de cariño al maestro cordial, viejo y casi ciego. [...]

Yo asocio este pensamiento de un homenaje al autor de los *Episodios nacionales* con la visión castizamente nacional que se divisa desde la galería de este estudio. Es este sol que dora el campillo de las Vistillas...»¹³.

¹¹ Se refiere a doña María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, duquesa de Alba, popularísima en vida y cuya imagen permanece, definitivamente inmortal, en cuadros —*Maja vestida, Maja desnuda...*— del pintor Francisco de Goya.

¹² Emiliano Ramírez Ángel (1883-1928), apenas recordado ahora, fue un escritor no nacido en Madrid (había visto la luz en Toledo) pero cuya creación literaria se inspira en su mayor parte en motivos madrileños. Él mismo dijo, a propósito del carácter de sus obras: «Frivolidad, optimismo, cierta leve zumbonería, piedad, amor por Madrid —el Madrid actual, humilde y joven— y ternura para pintar la clase media entre la que vivo...». Hizo versos, crónicas, narraciones —extensas y breves—, teatro. Fue, junto con Ramón Pérez de Ayala, Victorio Macho, José Francés, Fernando Barreda, Marciano Zurita, Andrés González Blanco, José Montero Iglesias —mi abuelo—... uno de los más devotos y asiduos amigos de don Benito Pérez Galdós en los últimos años del insigne novelista.

¹³ E. CARRERE, *Antología*, edición, introducción y notas de José Montero Padilla, Madrid, Edit. Castalia, Clásicos madrileños, 1999, pp. 349-50. «El busto de Galdós», en *La canción de la farándula*.

Otra valiosa referencia a la escultura de Victorio Macho, cuando aún no había salido del estudio de la casa existente todavía hoy en la plaza de Gabriel Miró, figura en el artículo antes citado de Enrique Díez-Canedo. Éste, durante su visita a Victorio Macho puede ver la estatua de Galdós, ya terminada, y la describe con profunda admiración:

«En el silencio del estudio, la estatua nos da otra lección de majestad; tranquila, homérica de expresión la cabeza augusta; inmóviles, unidas las manos, que ya hicieron su tarea. Un paño cubre las piernas; el traje de hoy, disimulando sus hechuras efímeras detrás de las líneas esenciales, viste para la eternidad la escultura. Si fuese ya de su tamaño, diríamos que el propio Galdós, ciego y mudo, iba siguiendo nuestra charla y aprobándola con su cabeza paternal»¹⁴.

El monumento se inauguró, en el parque del Retiro, el 20 de enero de 1919. Galdós, ya ciego, estuvo en el acto. Al año siguiente, el día 4 de enero, le llegaría, en Madrid, la muerte.

Memorias, pues, lejanas memorias si se quiere, pero emocionalmente vivas, en esta plaza de Gabriel Miró, de una de las más excepcionales figuras de las letras españolas: Benito Pérez Galdós. También de aquel gran escultor que fue Victorio Macho, y olvidado, demasiado olvidado a veces.

Y recuerdo asimismo, manifiesto éste, del pintor Ignacio Zuloaga, en la lápida colocada en la casa donde tuvo su estudio y que fue su última vivienda madrileña, y expresado igualmente en el espléndido busto suyo que puede verse en la parte central de la plaza.

Ramón Gómez de la Serna dijo, en su libro *Elucidario de Madrid*, con frase muy significativa de su singular imaginación creadora, que «El gran barranco de Madrid, en que la Corte se desnuda por la vertiente de las Vistillas y por la cuesta de la Vega, es el primer camino que siguen los procreadores de la Corte».¹⁵ Afirmar que Ramón es uno de los máximos *procreadores* de un Madrid que constituye excepcional capitalidad literaria, no supone novedad, ciertamente. Y que el monumento que Madrid ha de consagrar siempre a este escritor tan suyo se encuentre en esta plaza tan colmada de motivos y sugerencias parece un claro acierto. Fue inaugurado en 1972. Lo forman un estanque y, en el centro de éste, un pedestal el cual sostiene una gran pieza de bronce donde pueden verse un medallón con la efigie del creador de las greguerías y varios objetos alusivos al quehacer y vivir ramonianos: una lira, unos libros, una pluma, una pipa. Y, encima, una figura de mujer desnuda, a la que parece concedérsele, según la idea del es-

¹⁴ E. Díez-Canedo, *Loc. cit.*

¹⁵ R. Gómez de la Serna, *Elucidario de Madrid*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1957 [2ª. ed.], p. 113.

cultor; Enrique Pérez Comendador, autor del proyecto, carácter representativo de la «Anticipación a la Vanguardia». Igual podría ser «la musa de Ramón» o atribuírsele otros significados no carentes de sentido. En cualquier caso, no le hubiera parecido mal a Ramón esta presencia femenina en su monumento, simbólica —también podría serlo— del eterno femenino, del *ewig weibliche* goethiano, al que él nunca se sintió ajeno.

Que un lugar tan característicamente madrileño y tan rico de recuerdos unidos a la vida y la historia de Madrid, lleve el nombre de Gabriel Miró puede, quizá, sorprender en un principio. E incluso cabe pensar si no hubieran tenido más propiedad y hubieran sido más acordes, en este lugar, otros nombres entrañablemente ligados a Madrid, así, por ejemplo, el de Pedro de Répide. Pero el hecho parece tener sentido, antes incluso que por la importancia literaria mironiana, porque se trata de algo muy coherente con la personalidad y el ser de Madrid. La Villa y Corte, tan frecuente, tan arbitraria, tan injustamente denostada, ha sido, y continua siendo, una ciudad abierta a todos, más aún: integradora, generosamente integradora. Por ello tienen pleno sentido y vigencia, todavía hoy, los versos antiguos de Pedro Calderón de la Barca:

«Es Madrid, patria de todos
(pues en su mundo pequeño
son hijos de igual cariño
naturales y extranjeros)...».

O unos versos de Antonio Machado, mucho más próximos en el tiempo:

«En este remolino de España, rompeolas
de las cuarenta y nueve provincias españolas...».

Y las palabras de síntesis, resumidoras, de Ramón Gómez de la Serna: Madrid «acepta a todos como a madrileños».

La plaza de Gabriel Miró, con su opulenta acumulación de recuerdos y nombres, se nos transforma así en ejemplo y elocuente testimonio del ser de Madrid, acogedor sin por ello perder su esencialidad y sus rasgos consustanciales.

La ahora plaza de Gabriel Miró posee, en la opinión de Pedro de Répide, «una singular calidad de gran terraza de la villa». Este espacio, a despecho de poluciones y construcciones desafortunadas o impertinentes, puede permitir aún al visitante asiduo, desde su gran terraza o mirador, disfrutar de la hora mágica de la ciudad, que aquí, en los jardines delanteros de las Vistillas, coincide con la del crepúsculo, cuando en el cielo se traza una larga, lenta verónica de carmesí y oro, y la luz y el aire de Madrid, translúcidos casi, semejan iniciar un lírico temblor.